

RECENSIONES

Randall McGuire. *Archaeology as Political Action*. University of California Press. Berkeley, 2008, 294 pp. ISBN: 978-0-520-25491-6

Si hubiera que resumir este libro en una sola frase, ésta podría ser: “hacer que nuestro trabajo tenga abiertamente una implicación política”. Para ilustrar esta propuesta, el ejemplo que utiliza McGuire en la introducción (p. xi) resulta muy cercano a los lectores españoles, puesto que alude a la implicación de la Arqueología en la recuperación de la Memoria Histórica en nuestro país, una clara muestra de acción política (González Ruibal 2008).

Cuando definimos arqueología nos encontramos con una cuestionada ciencia cuyo objetivo es el estudio de las sociedades del pasado a través de su cultura material. Tradicionalmente ha sido así y, además, entendiendo pasado como algo muy remoto. Sin embargo, desde muy pronto, Arqueología ha sido sinónimo de justificación política y en la actualidad el pasado se está remontando hasta el mañana. Nuestras interpretaciones ingenuamente objetivas del registro material tienen, queramos o no, una lectura pública y hoy la misma actividad que se genera de la gestión del patrimonio arqueológico está marcada por la política desde un inicio. La responsabilidad de nuestro trabajo no termina con el conocimiento generado, sino con la gestión comprometida de ese conocimiento.

Por encima de colores o de marcos teóricos, el libro de Randall McGuire nos intenta abrir los ojos sobre algo que resulta esencial en la Arqueología de hoy. Trabajamos con gente, entre gente y para la gente. Y esto tiene consecuencias que van más allá del registro y que debemos afrontar. ¿Cómo? El libro ofrece una respuesta interesante al respecto.

McGuire (pp. 1-2) apunta que este volumen es una continuación de su anterior trabajo, *A Marxist Archaeology* y de hecho para todo aquel que tenga la oportunidad de leer ambos, no le cabrá la menor duda de que es así. Aquel terminaba con un ligero apunte sobre la vertiente pública de la Arqueología, que ya comenzaba a tener un ámbito de preocupación dentro del entorno anglosajón (McGuire 1992: 257-261). Ahora, sin salir de una clara tendencia marxista, ofrece una “Teoría de la Acción” orientada precisamente a esa vertiente pública a través de una “politización *a priori*” que sirva para hacer un discurso colaborador con las comunidades locales.

La estructura del libro es tal vez uno de los aspectos más desconcertantes que se puede reseñar. Sus cinco capítulos abordan una serie de conceptos y temas aparentemente aislados pero que cobran sentido al terminar la lectura.

Los dos primeros capítulos (*Politics y Praxis*) conformarían el cuerpo teórico principal del texto; el tercero (*Class*) es un ensayo sobre el concepto de “Clase” en relación con la Arqueología como profesión y los dos últimos, dedicados a actuaciones desarrolladas en México y Estados Unidos, son ejemplos de acción política en contextos diferentes.

El objetivo que McGuire persigue en sus dos primeros capítulos es una interpretación del registro arqueológico que tenga en cuenta su capacidad de acción sobre el presente, pues ignorar o negar la naturaleza política de la Arqueología no hace que aquella desaparezca. Conceptos como el *secret writing* que consciente o inconscientemente está fomentando una interpretación alienadora y justificativa del pasado; el *fast-capitalism* en Arqueología, que está convirtiendo la disciplina en otro engranaje más de la voraz máquina del capitalismo, integrándola en la competencia del mercado y oscureciendo su vertiente científica y social, así como las cuatro “C” (coherencia, correspondencia, contexto y consecuencias) o la opresión de clase en relación con otras teorías (Procesualismo, Postprocesualismo, Feminismo y Arqueología Social) compondrán el desarrollo del libro.

McGuire retoma y desarrolla una serie de ideas que ya estaban presentes en la bibliografía desde hace más de veinte años. Tal vez sea aquí donde el libro adquiere su mayor fuerza, pues pese a la extensa bibliografía que se puede encontrar con respecto a muchos de los temas que aborda, el autor les ha dado una coherencia como conjunto y como teoría que hasta ahora no poseían. Ya no se trata sólo de apuntar una necesidad o de analizarla, sino que propone todo un programa de acción sustentado con el ejemplo de sus trabajos en Ludlow (Colorado, Estados Unidos) y Cerro Trincheras (Sonora, Méjico).

Si hay que marcar el punto más débil del libro, habría seguramente que aludir al tercer capítulo en coautoría con Mark Walker, donde, a pesar de apuntarse algunas ideas interesantes sobre la capitalización de la Arqueología a través de la “arqueología comercial”, no se alcanza a desarrollar una propuesta convincente sobre la existencia de una estructura de clase dentro del mundo profesional de la Arqueología. Tal vez de

cara al público estadounidense tenga cierto sentido, pero es imprudente atribuir diferencias de clase a, por ejemplo, arqueólogos (clase media) y saqueadores (clase trabajadora).

Si atendemos a esa posible estructura en otros países, como por ejemplo España, cabría preguntarse: ¿los profesionales de la arqueología comercial son de verdad clase media? Tal vez en su mayoría por contar con estudios universitarios, una profesión especializada y su procedencia social pero no en cuanto a sus condiciones laborales dentro de la arqueología comercial (Díaz-del-Río 2000; AMTTA 2008).

Una de las ideas que apunta McGuire en cuanto a los lastres de esta “arqueología comercial” debe ser resaltada sobre el resto: siguiendo una regla básica de la economía de mercado más pragmática que teórica, tal y como están las cosas o se sacrifica el dinero, o se sacrifica la calidad, pues el ajuste de precios provocado por una competencia cada vez más dura no ofrece ningún margen de confianza. Por ello una de las principales conclusiones del libro es defender una acción orientada a rechazar el *fast capitalism* en tanto en cuanto representa un desarrollo viciado de la disciplina. Esto se ve reflejado en los ejemplos de las dos experiencias, marcadamente distintas en sus objetivos y, tal vez, también en su forma. En primer lugar, su trabajo en Cerro Trincheras conserva un tono radical interesante, pero es un calco exacto de la *Public Archaeology* más “gringa” (McGimsey 1972; Jameson 2004), desarrollando una estrategia de trabajo de colaboración con la comunidad y otros agentes sociales. Dentro del marco teórico no aporta ninguna novedad especial, pero puede tener impacto en la concienciación del interés que tiene el trabajo con comunidades locales. De hecho, si tuviera que resaltar una única cita del libro sería precisamente de este capítulo: *There is no cookbook for praxis. Rather, it is a relational dialectical method that flows from the questions we ask and the contexts that we ask them in* (p. 140).

Y dentro de ese “libro de cocina”, la receta que plantea, de un modo a mi entender muy acertado, se basa en los cuatro principios para acercarse a las comunidades: oposición, educación, consulta y colaboración, ninguno de ellos exclusivo y todos complementarios. Estos principios servirán en Méjico para desarrollar una arqueología alejada del Imperialismo y del Capitalismo que ha desplegado tradicionalmente la arqueología anglosajona fuera de sus fronteras.

Por su parte, los objetivos del proyecto de Ludlow tendrán un carácter muy diferente y más cercano a la acción política, concebida como lucha de clase. Así, en el marco de una brutal represión minera, este ejemplo nos ofrece unos resultados excepcionales en lo que a memoria y trabajo comunitario se refiere, y un espejo en el que mirarse para los cientos de casos que tenemos alrededor del mundo y en nuestro propio país,

como pueden ser las revueltas mineras de Asturias del siglo XX.

En definitiva, nos encontramos ante un trabajo en la línea de otros publicados en nuestro país (Falquina *et al.* 2006; Rolland 2006) que, aunque no están recogidos en el texto de McGuire, son una buena forma de ir allanando el camino mientras éste llega a nuestras bibliotecas. ¿Es una utopía hablar de arqueología como acción política? Randall McGuire nos demuestra que no y que lejos de resultar peligroso, puede ser muy beneficioso en nuestra relación con la sociedad.

AMTTA 2008: “Asociación Madrileña de Trabajadores y Trabajadoras en Arqueología. Una iniciativa ante la precariedad laboral”. En Orjia (coord.): *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura Material* (Madrid, 2008) II: 561-564. Madrid.

Díaz-del-Río, P. 2000: “Arqueología comercial y estructura de clase”. En M. Bóveda López (coord.): *Gestión patrimonial y desarrollo social*. Cuadernos de Arqueología e Patrimonio 12. Laboratorio de Arqueología da Paisaxe. Santiago de Compostela: 7-18.

Falquina, A.; Marín, C. y Rolland, J. 2006: “Arqueología y práctica política. Reflexión y acción en un mundo cambiante”. *ArqueoWeb* 8 (1).

González Ruibal, A. (ed.) 2008: “Arqueología de la Guerra Civil Española”. *Complutum* 19 (2).

Jameson, J. 2004: “Public Archaeology in the United States”. En M. Merriman (ed.): *Public Archaeology*. Routledge. London: 21-58.

McGimsey, Ch. 1972: *Public Archeology*. Seminar Press. New York.

McGuire, R. 1992: *A Marxist Archaeology*. Academic Press. San Diego.

Rolland, J. 2006: “Práctica arqueológica y política: un diálogo con Marx a través de la acción local”. *Complutum* 17: 185-190.

Jaime Almansa Sánchez. Plaza Mondariz 6, 3.º 1. 28029 Madrid

Correo electrónico: almansasanchez@gmail.com

Francesc Gusi, Susanna Muriel y Carme Olària (coords.). *Nasciturus, infans, puerulusvobis mater terra: la muerte en la infancia = la mort dans l'enfance = la mort a la infància = the death in the childhood*. Prehistoria i Arqueologia 68, Diputació de Castellón. Castellón, 2008, 710 pp., ils. ISBN 978-84-96372-62-7

Niñas y niños están presentes en prácticamente cualquier espacio de cualquier comunidad actual o pa-

sada. A pesar de ello, es muy difícil encontrarlos en las interpretaciones que se realizan sobre las sociedades del pasado. En las pocas ocasiones que se mencionan, se consideran como miembros pasivos de estas sociedades, percibidos sólo en relación a los adultos y las actividades de los adultos. Para la investigación arqueológica, la infancia no ha sido considerada como relevante a la hora de contrastar hipótesis acerca de estrategias de subsistencia, cambio cultural u organización social. Sin embargo, la edad es una categoría construida culturalmente y un elemento de organización social de gran relevancia. La infancia es el período en el que se adquieren habilidades y conocimientos y se aprende el uso de la tecnología, se asumen sistemas de creencias, se forma la personalidad y se inculcan valores y actitudes hacia el mundo que nos rodea. Por tanto, aproximarnos a cómo estos niños y niñas han pasado por los procesos de crecimiento biológico y social, conocer con qué objetos y espacios se relacionaban o analizar los mecanismos de socialización y aprendizaje utilizados por las distintas sociedades, debe ser considerado como un instrumento muy válido de investigación.

El volumen que es objeto de esta reseña representa una perspectiva cada vez más habitual en la literatura arqueológica en general y en la del estado español en particular referida a la Arqueología de la Infancia. Desde la primera publicación sobre el tema de Grete Lillehammer (1989), el mundo de la infancia en las sociedades del pasado ha ido incrementando su presencia en la literatura arqueológica que cuenta hoy día con varias publicaciones monográficas dedicadas a este tema (Sofaer 2000; Baxter 2006), además de la creación de la *Society for the Study of Childhood in the Past* (<http://www.sscip.bham.ac.uk/>) y de una publicación periódica dedicada a esta temática, el *Journal of Childhood in the past* (Oxbow). En este sentido, la investigación ha ido preocupándose por temas diferentes, por ejemplo, el papel socioeconómico que los niños y niñas juegan en muchas sociedades o el entrenamiento específico que necesitan para prepararse para el mundo adulto ya sea a través del aprendizaje, en el plano productivo (Kamp 2001) o de la socialización, en el plano ideológico (Sánchez Romero 2008).

La categoría de edad, como la de género, es una construcción cultural que implica prácticas sociales que tienen que ver directamente con el cuerpo, con su crecimiento, su tratamiento o su modificación. El registro funerario se nos ofrece, por tanto, como uno de los elementos más importantes a la hora de estudiar a los individuos infantiles y ha supuesto el grueso de la investigación sobre los mismos (Gusi 1989; Scott 1999). Es precisamente al contexto funerario al que se dedica el volumen *Nasciturus, Infans, Puerulus. Vobis Mater Terra* coordinado por Francesc Gusi, Sussana Muriel y Carme Olària.

El contenido del monográfico está dividido en tres apartados, uno primero dedicado a la metodología, registro y análisis de los restos óseos infantiles; el segundo, referido a las prácticas funerarias a lo largo del tiempo reservadas a la infancia y un tercero que se ocupa de los conceptos simbólicos, religiosos y etnográficos. Tras la lectura del mismo, creemos que la división entre estos tres apartados no es necesaria, precisamente porque muchas de las aportaciones que se exponen en el volumen demuestran ya la ruptura de esas fronteras que existían entre la osteoarqueología, el estudio de las prácticas funerarias y las implicaciones sociales y simbólicas que estas representan. Así, algunos de los capítulos de la parte metodológica tendrían cabida en el de prácticas funerarias, ya que precisamente basan en ellas sus conclusiones, y la mayor parte de los dedicados a aquellas ofrecen explicaciones religiosas y simbólicas de su registro material.

Los capítulos dedicados a la metodología antropológica tratan temáticas de plena actualidad en lo que se refiere a la Arqueología de la Infancia. A pesar de que gran parte del registro arqueológico que excavamos procede del contexto funerario, las relaciones entre antropología y arqueología no siempre han sido las más adecuadas. Ha sido hace muy pocos años (y no en todos los contextos) cuando la antropología ha saltado desde los anexos de las publicaciones para formar parte de las interpretaciones realizadas por nuestra disciplina. Este hecho ha permitido conocer los problemas metodológicos y avanzar en posibles soluciones que permiten discutir, desde las dos disciplinas, aspectos tales como los que se tratan en el volumen: la estimación de la edad biológica y su relación con la edad social (Buchet y Séguy; Rissech); la información referida a la paleodemografía (Durand; Tritsaroli y Valentin), las dificultades para asignar sexo a individuos infantiles o los problemas metodológicos a los que nos enfrentamos a la hora de excavar y recuperar restos óseos infantiles: conservación de la muestra, modo de extracción, número de restos, etc. (Gonzalez Martín).

El segundo y tercer apartado contienen artículos que pueden ser categorizados como aquellos que, desde el registro funerario, pretenden resolver problemas concretos, los que tratan con formas de cultura material determinada y los que se dedican a recopilar la información existente sobre los enterramientos infantiles constituyendo una excelente base de datos de enorme utilidad. Entre los primeros cabe destacar, por lo estimulante de su problemática, el tema de las deposiciones de perinatales en espacios domésticos y productivos. Esa deposición diferencial ha sido explicada a partir de mecanismos como el infanticidio, la consideración o no de los perinatales como miembros de pleno derecho de la sociedad o su uso como parte de ritos de fundación; pero son posibles también otras interpretaciones que las consideran como ceremonias restringidas a la intimidad del ámbito familiar o como

parte de rituales asociados con ofrendas agrícolas (Agustí *et al.*; Dedet; Chapa). Sugestiva también resulta la documentación de perinatales en espacios de trabajo, como talleres metalúrgicos o tintorerías, relacionadas o con una actividad económica determinada: rituales de inicio, cambio o fin de la actividad realizada o responden a enterramientos de niños fallecidos de forma natural que no eran considerados parte integrante de la sociedad (Subirá y Molist).

A esta última preocupación, la de entender cuándo niños y niñas son reconocidos como miembros del grupo familiar y por tanto de la comunidad, responden las aportaciones dedicadas en el monográfico a época medieval y moderna (Delattre; Ségu y Signoli) y, sobre todo, el análisis de la iconografía y del registro funerario infantil de la necrópolis y el santuario de Cástulo. Aquí además se introduce otro aspecto interesante que pone en relación las identidades de género y edad con la representación de símbolos maternales (Rueda *et al.*).

Relevante también es el análisis de las causas de la mortalidad infantil en el pasado. El registro arqueológico nos permite decir que es probable que la mayoría de individuos infantiles fallecieron a causa de la malnutrición o de enfermedades infecciosas. Un estudio diferenciado merece, sin duda, el infanticidio. Esta práctica ha sido aceptada por las sociedades durante mucho tiempo como consecuencia de una gran variedad de factores culturales y económicos. Uno de esos factores ha sido precisamente el sexo del bebé, con una tendencia pronunciada al infanticidio femenino. Sin embargo, los resultados del análisis de ADN de Ashkelón (Israel) o de algunos yacimientos de la Bretaña romana (Faerman y Smith) nos proporcionan la posibilidad de otras conductas y otro tipo de explicaciones a este hecho.

Como hemos mencionado, el volumen aporta una ingente cantidad de información sobre las evidencias que encontramos en el registro funerario, no sólo por las referencias bibliográficas de cada uno de los capítulos sino, sobre todo, por las distintas bases de datos que se presentan. En este monográfico encontramos datos pormenorizados de evidencias desde el Paleolítico superior europeo (Henry-Gambier); el Paleolítico en Próximo Oriente y África (Tillier y Majó); los enterramientos infantiles y juveniles en Europa desde el Musteriense hasta el Mesolítico (Olaria); las inhumaciones de infantiles en Mesopotamia durante la Edad del Bronce (Frank); la Protohistoria del sudoeste mediterráneo europeo (Gusi y Muriel); el Egipto de época antigua (Spieser) o los sarcófagos infantiles de época paleocristiana (Studer-Karlen).

En conclusión, el libro trata algunos de los temas fundamentales del análisis de los individuos infantiles; el concepto de infancia (Chapa), la atribución de sexo, la deposición diferenciada, la consideración de los individuos infantiles como miembros de las sociedades,

el infanticidio, la metodología de excavación y recuperación, la cultura material asociada a los niños y niñas (Muriel y Playá; Chapa), sus representaciones (Rueda *et al.*; Morel) o las implicaciones religiosas o mágicas del contexto funerario (Baills-Talbi y Dasen). Representa, por tanto, una publicación de plena actualidad y de enorme utilidad, no sólo para la investigación sobre infantiles, sino para el conocimiento de cómo se generan y reproducen los mecanismos sociales, culturales e ideológicos de las sociedades del pasado.

Baxter, J.E. (ed.) 2006: *Children in action: perspectives on the Archaeology of childhood*. 15 *Archaeological Papers of the American Anthropological Association*. University of California Press. Berkeley.

Chapa, T. 2003: "La percepción de la infancia en el mundo ibérico". *Trabajos de Prehistoria* 60: 115-138.

Gusi, F. (coord.) 1989: "Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 14.

Kamp, K.A. 2001: "Prehistoric Children Working and Playing: A Southwestern Case Study in Learning Ceramics". *Journal of Anthropological Research* 57: 427-450.

Lillehammer, G. 1989: "A Child is born. The Child's World in an Archaeological Perspective". *Norwegian Archaeological Review* 22 (2): 89-105.

Sánchez Romero, M. 2008: "Childhood and the construction of gender identities through material culture". *International Journal of Childhood in the Past* 1: 17-37.

Scott, E. 1999: *The archaeology of infancy and infant death*. Archeopress. Oxford.

Sofaer Deverenski, J. (ed.) 2000: *Children and material culture*. Routledge. Londres.

Margarita Sánchez Romero. Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Campus Universitario de Cartuja S/N. 18071 Granada. Correo electrónico: marsanch@ugr.es

José Ramos, Mehdi Zouak, Darío Bernal y Baraka Raissouni (eds.). *Las ocupaciones humanas de la cueva de Caf Taht el Ghar (Tetuán): los productos arqueológicos en el contexto del Estrecho de Gibraltar*. Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán 1, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz, 2008, 299 pp. ISBN 978-84-96583-81-8

Este volumen es el producto de un proyecto cooperativo entre el Departamento de Historia, Geografía y

Filosofía de la Universidad de Cádiz, el Museo de Tetuán y el Grupo de Investigación de Historia Antigua y Arqueología de la Mauritania Tingitana de la Universidad Abdelmale Esaadi de Tetuán. Este primer número de una serie destinada al inventario, la catalogación y la publicación de los fondos del Museo de Tetuán está dedicado a los materiales excavados en la cueva de Caf Taht el Gar (CTG) en el otoño de 1955 por el entonces director del Museo, Miguel Tarradell. La producción cuidadosa y lujosa de este libro, con sus múltiples láminas en color y sus resúmenes y pies traducidos al árabe, es un homenaje digno al que fue el miembro más distinguido de la Escuela de Barcelona de la post-guerra.

En el primer capítulo, Salvador Domínguez-Bella y Ali Maate estudian los materiales líticos encontrados en Caf Taht el Gar en su contexto geológico y los comparan con los materiales hallados en la Cueva de Benzú en Ceuta (Ramos *et al.* 2003). Concluyen que se recogieron de contextos secundarios en las inmediaciones del yacimiento.

El segundo capítulo, por Brahim Ouchaou y Saida Hossini, presenta algunos resultados del estudio de la fauna recuperada en las excavaciones de CTG por Jean-Pierre Daugas y Abdeslam Mikdad en 1989 y 1994. Sólo se enumera la presencia o ausencia de cada especie en las ocho fases bioestratigráficas identificadas en el yacimiento, pero los resúmenes porcentuales que aparecen dejan claro que en los estratos neolíticos predominan las especies domesticadas, con frecuencias más altas de cabra y oveja que de cerdo o vaca.

Eduardo Vijande y José Ramos dedican el tercer capítulo (que quizás debería haber sido el primero) a una semblanza de Tarradell y una discusión de cómo planteó las excavaciones en CTG. La bioturbación extensiva del relleno y los recursos muy limitados disponibles para la excavación hicieron necesario proceder por niveles arbitrarios cuyos contenidos se reunieron en fases culturales caracterizadas por tipos fósiles cerámicos.

En el cuarto capítulo, Daugas y Abdelaziz El Idrissi presentan una síntesis cronológico-cultural del Neolítico en Marruecos. Nuevas excavaciones en CTG y en varios otros yacimientos y la obtención de fechas C14 y TL en estos lugares y en otros yacimientos excavados en la primera mitad del siglo pasado permiten una revisión de la secuencia propuesta por el autor de esta reseña en su tesis doctoral (Gilman 1975). Es curioso, sin embargo, que los autores no discutan cómo los materiales recuperados por Tarradell (el tema del libro) encajan dentro del nuevo panorama. En todo caso, Daugas y El Idrissi mantienen un enfoque que se concentra en las normas relativas a la cerámica que pueden extraerse del registro artefactual y deja a un lado consideraciones funcionalistas sobre los modos de vida que este registro también refleja.

Estas últimas sí están tenidas en cuenta por Ramos, Manuela Pérez, Vijande y Juan Jesús Castillo en el siguiente capítulo, "Nuevas perspectivas en el estudio de las sociedades tribales comunitarias neolíticas en el área del Estrecho de Gibraltar". Los autores resumen los trabajos efectuados por el equipo dirigido por el Profesor Ramos durante las últimas dos décadas en las provincias de Cádiz y de Málaga, así como otros más puntuales y recientes que han efectuado en Ceuta (en la ya mencionada Cueva de Benzú) y en esta colaboración con el Museo de Tetuán. Los autores demuestran cómo en los dos lados del Estrecho el Neolítico inicial está arraigado en el Epipaleolítico precedente. Este lector desearía que los autores prestaran igual atención a las divergencias que surgen en ambos lados del Estrecho a partir del IV milenio a.C., a pesar de las similitudes culturales anteriores. Dentro de los esquemas de la Arqueología Social Andaluza, las culturas del norte de Marruecos seguirían en una condición "tribal", mientras que en Andalucía se empiezan a desarrollar "sociedades clasistas inciales". El materialismo histórico que informa la Arqueología social asienta la base para comprender estas trayectorias diferentes.

En el siguiente apartado del volumen Choumissa Kaoun presenta un estudio minucioso de la industria ósea de CTG a partir de las distintas fase bioestratigráficas definidas en las excavaciones Daugas/Mikdad. El trabajo presta debida atención a las cadenas operativas de estos productos y está muy bien ilustrado, pero unas tablas tipológicas resumiendo los hallazgos por fases ayudaría al lector a valorar la aparente continuidad industrial de este registro.

En el último estudio de este volumen D. Bernal, J.C. Domingo y B. Raissouni discuten las ocupaciones protohistóricas e históricas en cuevas en ambos lados del Estrecho, un tema descrito como "una línea de investigación arqueológica con futuro". Los autores piensan, como pensaba también Tarradell, que las tradiciones productivas del Neolítico perduraron hasta épocas históricas (1). No cabe duda que la utilización reciente de estos lugares podría ser un tema interesante, pero trabajos en este sentido tendrán que superar las dificultades contextuales de los estratos superficiales de cualquier cueva, donde la acumulación paulatina del relleno hace que sea muy difícil distinguir las manos diversas que crearon los palimpsestos revueltos que esos estratos contienen.

El libro cierra con un catálogo de 39 hermosas láminas de las piezas más significativas de las colecciones de CTG.

Por razones que sin duda no fueron de la responsabilidad de los coordinadores de la edición, se echa en

(1) En la página 157 los autores me citan como otro proponente de esta idea, pero una lectura más detenida de los párrafos míos a los que se refieren (Gilman 1975: 15-17) demostraría que dije otra cosa completamente distinta.

falta en este volumen una presentación más completa de los resultados de las excavaciones recientes de CTG, y en particular de los estudios de sus industrias líticas y cerámicas, pero José Ramos y sus colegas no han hecho que lo mejor actuara contra lo bueno, y el resultado es un volumen que sienta la base para una arqueología comparativa del desarrollo prehistórico en dos zonas vecinas con medios ambientes similares y trayectorias históricas divergentes.

Gilman, A. 1975: *The later prehistory of Tangier, Morocco*. Bulletin of the American School of Prehistoric Research 29. Peabody Museum. Cambridge, Mass.

Ramos, J.; Bernal, D.; Castañeda, V. (eds.) 2003. *El abrigo y cueva de Benzú en la prehistoria de Ceuta: aproximación al estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras y tribales comunitarias en el ámbito norafircano del estrecho de Gibraltar*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.

Antonio Gilman. 4949 Genesta Avenue, Apt. 405. Encino, CA 91316. EE.UU.
Correo electrónico: antonio.gilman@csun.edu

Paul Bahn, Natalie Franklin y Mattias Strecker (eds.). *Rock Art Studies. News of the World III*. Oxbow Books. Oxford, 2008, 320 pp. ISBN 978-1-84217-316-9 (paperback).

Las novedades en los estudios sobre arte rupestre tienen un indudable atractivo para cualquier persona interesada en la arqueología. Se trata de uno de los pocos temas –junto a otros, como el origen de la humanidad o la arqueometría– que trasciende fronteras espaciales, culturales y cronológicas, conformando una especialidad concreta. Esto implica que existe un amplio grupo de personas y equipos que encuentran muchos puntos en común a la hora de analizar e interpretar sus hallazgos, por lo que resulta imprescindible facilitar las oportunidades para transmitir avances y noticias que puedan ser discutidas en reuniones e incorporadas a nuevos proyectos.

Es la tercera vez que Oxbow Books sirve de soporte para la edición de lo que desde el principio nació con voluntad de convertirse en una serie. *News of the World I* y *II* tuvieron como editores a P. Bahn y A. Fossati, y surgieron en el contexto de los congresos sobre arte celebrados en Turín (Italia) y Alice Springs (Australia). El volumen III cambia en parte su equipo editorial y se publica por primera vez al margen de reuniones de este tipo. Como se indica crudamente en el prefacio, el libro ha tardado en publicarse por la tar-

danza en el envío de muchos textos, así como por la retirada de algunos de los autores colaboradores. Esto provoca ciertos desfases en los trabajos publicados ya que, aunque el lapso de tiempo que se pretendía cubrir en origen era de 2000 a 2004, de hecho hay artículos que, si bien tienen esta especificación en el título, incluyen (afortunadamente) bibliografía de 2005 y 2006.

El arte del Pleistoceno es analizado por P. Bahn, incluyendo nuevos ejemplos desde Zaraisk (Rusia), con sus interesantes piezas de arte mueble, a la gran sorpresa de Church Hole, que atestigua la presencia de arte rupestre en Inglaterra. Resulta llamativo el papel jugado por la Península Ibérica en este capítulo, dada la intensidad de estudios y descubrimientos realizados. Basta decir que en una bibliografía de 260 citas, un 37 % han sido realizadas por autores o referidas a yacimientos españoles.

El arte post-glaciar europeo es el tema de los dos siguientes trabajos: el primero, en el área nórdica (J. Goldhahn), revela las nuevas aproximaciones al arte rupestre escandinavo, con excavación de sitios que indican la pluralidad de fines de los grabados en la roca, su inserción en los paisajes contemporáneos o la profundización en sus aspectos religiosos. El segundo corresponde de nuevo a la Península Ibérica. Realizado por P. Bueno y R. de Balbín, se ofrece en el texto un resumen claro y actualizado de las novedades en el arte post-paleolítico, con incidencia especial en la zona occidental peninsular y en concreto en el arte megalítico.

En el recorrido por el mundo que se ofrece en el resto del libro, J.L. Le Quellec se ocupa del área africana, dividida en Sahara, Egipto (con D. Huyge) y Sudáfrica. La mayor extensión y profundidad del trabajo dedicado al Sahara revela su campo de especialidad, sin que falte el reconocimiento al equipo de la Universidad de Girona que lleva desarrollando sus investigaciones en este lugar desde hace tiempo. No sucede lo mismo en el caso de las Islas Canarias, integradas en este apartado, donde faltan referencias muy significativas, además de que ninguna de las citas que se hacen en el texto está recogida en la bibliografía.

Un breve trabajo de M. Khan pone de relieve el apabullante aumento del registro de arte rupestre en Arabia Saudí tras el desarrollo de un programa de prospecciones en todo el territorio enfocado a la detección tanto de estas manifestaciones como de incisiones epigráficas. Figuras humanas masculinas y femeninas, animales salvajes y domésticos, signos y representaciones de manos y podomorfos caracterizan este arte, que todavía precisa de una secuencia cronológica y un contexto cultural más detallado.

E. Devlet nos transporta en su artículo al norte de Rusia, tanto oriental como occidental. Además de presentar los distintos casos, poco más se puede hacer con una muestra tan diversa en el espacio. Sin embargo, el interés de la autora no reside sólo en mostrar cada ejemplo, sino en valorar el grado de conservación y las

amenazas tanto naturales como antrópicas que se cierren sobre los grabados rupestres. Se dan en algunas de estas zonas situaciones especiales, como la incorporación de nuevos grabados en la actualidad, o el empleo continuado de algunos como símbolos en los rituales que todavía hoy practican las poblaciones locales. La revisión del arte rupestre en Siberia y Asia Central realizada por E. Miklasevich completa esta extensa perspectiva territorial. La inmensa cantidad de representaciones incluidas en estos territorios requieren vastos programas de estudio, no sólo para localizar nuevos yacimientos, sino para controlar la información disponible sobre los ya conocidos, puesto que como señala la autora, se aprecian serias deficiencias tanto en su documentación como en su localización geográfica.

Aunque muy breve, es importante la inclusión del artículo de Su Sheng sobre el arte rupestre en el Extremo Oriente, que incluye datos sobre China, Taiwán y Corea. Resultan impresionantes los yacimientos situados en Xizang del Norte, una región despoblada conocida como “Área de Vida Prohibida” debido a sus difíciles condiciones. Sin embargo, existen yacimientos decorados tanto con grabados como con pintura, a los que por el momento no se les puede atribuir una fecha concreta. Por lo demás, algunas de las fotografías se presentan para su comprensión con todos los motivos delineados con rotulador, lo que condiciona excesivamente la vista. Este trabajo ha sido traducido del chino, lo que sin duda ha supuesto un esfuerzo, pero el problema surge cuando se advierte que, excepto las referencias sobre Corea, toda la bibliografía recogida está en el mismo idioma, por lo que sería deseable el inicio de una política de traducciones o publicaciones bilingües.

Una de las editoras, N. Franklin, presenta la información sobre Australia, focalizando su trabajo en un tema importante, como es el de la datación y las secuencias del arte rupestre en este amplio territorio. Ciertamente, esto se ha convertido en un problema desde que en ciertos casos, muestras extraídas de una misma figura han dado resultados muy distintos, incluso aplicando el mismo método analítico. La aplicación de técnicas como el análisis de las costras o la microerosión, utilizados especialmente en este entorno, son igualmente problemáticos, debido a la dificultad de su control y a la complejidad que supone el hecho de que muchos ejemplos han sido repintados varias veces. Es de resaltar la inclusión al final del artículo de un cuadro con todas las fechas radiométricas publicadas hasta 2004, así como una bibliografía muy completa.

El complejo y diverso mundo de Polinesia es revisado por S. Millerstrom, quien resalta cómo la investigación se encuentra en un proceso de clara renovación, puesto que la mayor parte de los estudios recientes se enmarcan en los principios de la Arqueología del Paisaje. Probablemente es en este trabajo donde se adopta una perspectiva más “indigenista”, incluyendo cualquier tipo de grabados rupestres hechos por las pobla-

ciones locales hasta épocas recientes, y señalando que varias de las imágenes han sido tomadas con permiso de las comunidades que habitan estos territorios.

El libro termina su recorrido con la revisión del continente americano. Los estudios sobre Estados Unidos (W.D. Hyder) y Canadá (J. Steinbring) son breves, pero mientras el primero es conciso y amplio en sus objetivos, el segundo es mucho más limitado. Llama la atención el alcance que la disputa entre las interpretaciones chamánicas y no chamánicas ha tenido en los EE.UU., aunque quizás la implicación de P. Bahn en este tema sea un sesgo que hay que tener en cuenta.

La revisión del arte rupestre en Méjico (C. Viramontes, M.L. Gutiérrez, W.B. Murray y F. Mendiola) subraya el salto cuantitativo y cualitativo apreciable en la investigación de los últimos años. Rompiendo con la tradición anterior, que primaba los trabajos sobre las culturas sedentarias que erigieron los grandes monumentos, los jóvenes investigadores tienden a buscar nuevos objetivos, siendo el estudio del arte rupestre uno de los principales. El artículo nos presenta las distintas evidencias territoriales y predice un desarrollo exponencial de las publicaciones en un inmediato futuro.

Los estudios de los complejos petroglifos y pinturas de Mesoamérica (M. Künne) y los llamativos monumentos megalíticos del sur de Ecuador (D. González Ojeda) dan paso a la revisión del arte rupestre de Perú, con manifestaciones pintadas curiosamente similares a las del post-paleolítico ibérico. M. Strecker analiza brevemente los nuevos hallazgos en Bolivia, y finalmente L. Ribeiro y A. Proas evalúan los datos de un área muy extensa y diversa, como es Brasil, mientras que D. Fiore cierra el volumen con una revisión de las novedades en Argentina.

Son muchos los temas que subyacen a todas las contribuciones y que son en la actualidad el centro de las líneas investigadoras y de gestión de los diferentes territorios. La conservación de estas evidencias tan sutiles requiere una documentación completa y con estándares bien definidos, y precisa de una política de integración con las poblaciones locales y de cara al creciente turismo. Los últimos ejemplos de yacimientos titulados por UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, que han sido vandalizados por los propios soldados de la ONU, deben poner en guardia a todos los estamentos sociales. Libros como éste son un gran apoyo en este esfuerzo, además de una referencia inexcusable para la investigación, no sólo por los datos aportados, sino por ofrecer reflexiones que faciliten el diseño de programas relevantes para el futuro.

Teresa Chapa Brunet. Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Profesor Aranguren s/n. Universidad Complutense. 28040 Madrid.
Correo electrónico: tchapa@ghis.ucm.es

Jacques Tarrête et Charles-Tanguy Le Roux (coords.). *Archéologie de la France. Le Néolithique*. Éd. Picard et Ministère de la Culture et de la Communication. París, 2008, 424 pp. ISBN: 978-2-7084-0801-2

El libro nos sitúa ante el Neolítico de Francia como ante un vasto territorio en el que, sin borrar los perfiles de aquella diversidad cultural que se refleja en los mapas de los estilos cerámicos, se dibujan amplios horizontes y se desarrollan complejos procesos. Extensa, diversa, bien ilustrada, la impresión inicial es que esta obra contiene mucho de cuanto deseamos conocer sobre el Neolítico en Francia. Y, en gran parte, esa imagen positiva permanece al final de la lectura: la de que se trata de una buena guía para acercarnos al estado de la investigación sobre los agricultores neolíticos a lo largo de tres milenios. El plan de la obra, dividido en cinco partes, comprende la domesticación de la naturaleza por parte de los grupos neolíticos, el modo de vida y la organización social que se desprende de sus casas y aldeas, las enseñanzas de la cultura material, las prácticas y arquitecturas funerarias, y el mundo simbólico que inspiró las creaciones artísticas. Una propuesta ambiciosa que justifica la advertencia de sus coordinadores sobre la larga gestación del libro, por lo que las referencias bibliográficas no suelen pasar del 2004.

El prefacio de J. Guilaine cumple perfectamente el papel de introducción. Asistimos aquí al impacto de sendas corrientes neolitizadoras cuyas raíces se hunden en el Próximo Oriente. La progresiva conquista del Oeste se hará a través de la vía mediterránea y de aquella otra que desde los Balcanes remonta el valle del Danubio. Un doble proceso calificado de arrítmico, con cesuras o fronteras culturales. El panorama resultante, dibujado sobre todo en las décadas de 1960 y 1970, era la proliferación de culturas neolíticas de alcance regional. Una imagen matizada en la presente obra, que muestra la permeabilidad de aquellas fronteras culturales. Punto importante, la reciente investigación se ha visto enriquecida por operaciones de gran envergadura relacionadas con la arqueología preventiva. Un hecho que asoma repetidas veces a lo largo del libro y que debe hacernos reflexionar a todos.

Tras los mapas de los estilos cerámicos y de un cuadro cronológico, la primera parte se dedica a la relación entre los grupos neolíticos y el medio natural. J. Evin nos presenta los métodos de datación absoluta y J.-D. Vigne la metodología de la reconstrucción de los paisajes tardiglaciares y holocenos, cuyo proceso de modelado se estudia en el capítulo de J.-P. Bravard. Las consecuencias sobre el medio de la instalación de los primeros agricultores son analizadas por Ch. Leroyer, J.-E. Brochier y S. Thiébault. Los análisis polínicos y antracológicos, los sedimentos del fondo de los valles o de las cuevas-redil muestran que la presión antrópica no aumenta de manera lineal. Con excepción

del *Midi*, donde la instalación de la vegetación mediterránea parece consecuencia de la explotación del medio por los neolíticos, su impronta no parece irreversible en las demás regiones. De la introducción de las plantas y animales domésticos se ocupa Ph. Marinval, mientras J.-D. Vigne y R.-M. Arbogast se refieren a las dos corrientes neolitizadoras que introducen los animales domésticos y constatan que desde el Boreal está presente la fauna salvaje neolítica. C. Masset examina las poblaciones neolíticas, valorando las diferencias entre danubianos y mediterráneos. Las consideraciones sobre la paleopatología, la trepanación, las relaciones familiares, la llamada transición demográfica neolítica y, en especial, sobre la estructura demográfica de los grupos neolíticos, que se acercaría a la de las poblaciones pre-jenner, resultan de gran interés.

La segunda parte nos acerca a las casas y los poblados. Desde los tempranos descubrimientos de restos de madera en medios húmedos, pasando por el mito de los fondos de cabaña, asistimos ahora a la renovación de los conocimientos sobre el hábitat neolítico, debida en parte a las excavaciones preventivas. Sin oponer una Francia del norte a una del sur, las grandes construcciones de las llanuras loessicas de la cuenca de París, con su arquitectura de origen danubiano, se contraponen a las *maisons-bergeries* de las garrigas mediterráneas, como expone D. Mordant. Los poblados mejor conocidos indican que sólo un reducido número de casas han coexistido, acogiendo a otras tantas familias extensas. Y hacia el 4500, en la cultura de Cerny de la cuenca de París, las casas parecen reducir sus dimensiones, lo que sugiere modificaciones de la estructura social. Un tipo de poblado singular es el de las aldeas lacustres, estudiadas por P. et A.-M. Petrequin. Hábitats característicos del cinturón lacustre que rodea al macizo alpino, destacan los poblados de los lagos de Chalain y Clairvaux, con su información sobre trabajos colectivos, almacenamiento de cereales, condiciones de seguridad o caminos de acceso controlado. Imagen muy diferente a la de la Francia del sur, en la que abundan las excavaciones en cuevas y abrigos, capaces de establecer el cuadro crono-cultural, pero es escasa la documentación de los poblados del Neolítico antiguo, como señala X. Guthertz. También los hábitats chassenses presentan muchos interrogantes, con fosos segmentados y empalizadas, pozos, agujeros de poste, cubetas y silos, en muchos casos utilizados como sepulturas, y las grandes estructuras de combustión.

La cultura material protagoniza la tercera parte del libro, la más extensa. Los análisis petrográficos de los útiles de piedra pulida muestran la circulación de estos objetos, plasmada en sendos mapas de la Francia mediterránea y atlántica, debidos a M. Ricq-de-Boüard y Ch.-T. Le Roux. De la piedra tallada se ocupan D. Binder y F. Bostyn, desde la materia prima y su distribución hasta las cadenas operativas. El desarrollo de la talla laminar por percusión indirecta en el Cardial y en

el Rubané, la talla de lascas que constituye una ruptura entre el Neolítico antiguo y medio, la confección de armaduras por retoque bifacial, la talla por presión y el tratamiento térmico del sílex son algunos de los muchos puntos de interés. En el amplio capítulo de la cerámica, A. D'Anna, F. Giligny y J.-Y. Tinevez recuerdan que las distinciones cronológicas y culturales del Neolítico están basadas en gran parte sobre los estilos cerámicos. Su distribución es heredera de las corrientes iniciales de la neolitización, que separan la zona este y cuenca de París, el *Midi* y la fachada atlántica, perdurando su impacto durante todo el Neolítico. Según los estilos cerámicos se enumeran hasta veintiocho grupos culturales, desde el Cardial, Rubané, Hoguette y Limbourg, Grossgartach... hasta el Campaniforme, ilustrados con veinticuatro figuras y los siete mapas ya mencionados. Los útiles y adornos en hueso y asta, por parte de I. Sidéra; el trabajo de los materiales percederos documentado en las aldeas lacustres, por C. Louboutin; y la geografía de los minerales metálicos y primera metalurgia, por P. Ambert, completan los estudios de la cultura material.

Las prácticas y arquitecturas funerarias constituyen el cuarto gran apartado. Ph. Chambon y J. Leclerc trazan una historia continua de todo el territorio. Antes del 4500, el tiempo de las tradiciones, representado por las necrópolis danubianas de Alsacia. En el milenio siguiente, el tiempo de las innovaciones, las sepulturas ocupan un espacio sepulcral confinado y explícito. Entre 3500 y 2800, el apogeo de las sepulturas colectivas. Después, la diversificación y las nuevas prácticas hacia la tumba individual. R. Joussaume incide en el problema del origen del megalitismo atlántico en la región que va de la Gironda al Sena y de Poitou al Yonne, en la primera mitad del V milenio, y la posterior diversificación de los monumentos megalíticos. En el sur, tras las primeras sepulturas colectivas en cuevas naturales, el gran desarrollo del fenómeno megalítico corresponde al Neolítico final, como señala G. Sauzade, siendo el *Midi* la región de Europa con mayor número de dólmenes.

La última parte se dedica al arte y los símbolos. J.-F. Pinigre valora la circulación de bienes según el origen de las materias primas, incluyendo la navegación así como la tracción animal al final del período. Los modelos etnográficos muestran el valor simbólico que pudieron tener determinados materiales. C. Loubotin describe la variedad de materias primas, clases de adornos y su distinta presencia en las sepulturas a lo largo del período, testimonio de cambios en la organización social. El arte mobiliario, como las pequeñas figuras o ídolos, es estudiado por J. Tarrête. Mientras que de la decoración de los monumentos megalíticos de la fachada atlántica y cuenca de París, con los grabados que muestran signos, objetos reales y animales como los dos bóvidos de la estela fracturada para cubrir las cámaras de Gavrinis y de la Table des Marchands, y de la sucesión de los es-

tilos desde el V a los inicios del III milenio, se ocupa Ch.-T. Le Roux, así como de los menhires y otros monumentos no funerarios. El libro concluye con la aproximación de A. D'Anna a las manifestaciones artísticas del *Midi* entre los milenios IV y III, cuyas estatuas-menhir representan figuras humanas con distintos atributos y objetos enigmáticos.

Este recorrido apresurado por las aportaciones de treinta autores y de una veintena de colaboradores quiere mostrar la ambición de una propuesta que articula con éxito aquellos procesos que atraviesan amplias regiones y largos períodos, con las informaciones detalladas que aportan los principales yacimientos. En el territorio de Francia se desarrollan dos procesos de neolitización independientes, de origen danubiano uno, de origen mediterráneo el otro. Este hecho subyace a la expansión y la evolución de los grupos neolíticos y tiñe las hipótesis con las que nos aproximamos a su estudio, el contraste de una Francia del norte opuesta a otra del sur, o aún una tercera perspectiva desde lo atlántico. Pero en el libro se impone la concurrencia de los procesos, lo que podemos aprender de uno para comprender al otro. Más allá del entramado de grupos culturales minuciosamente construido por la investigación, como nos recuerdan los estilos cerámicos, importa el diálogo entre las distintas regiones que se inicia con las corrientes de la neolitización y prosigue hasta el fin de los tiempos neolíticos.

Como ya hemos indicado, es excesivo el tiempo transcurrido entre la redacción de algún capítulo y su publicación. Excelentes reflexiones metodológicas se acompañan en ocasiones de un reducido nivel de información, o parece escasa la profundidad de la mirada sobre problemas como las relaciones entre substrato y corrientes neolitizadoras, o sobre un espacio singular, en este caso la isla de Córcega, entre el silencio sobre muchos temas y el detalle de aquel cuadro que muestra los mamíferos introducidos en la isla por las poblaciones neolíticas. De los aciertos, aún destacaremos la bibliografía por capítulos, los cuadros de texto y parte gráfica que recogen colaboraciones sobre la obsidiana, la talla experimental de las grandes hojas del Neolítico final, el Campaniforme, o sobre los principales yacimientos. La parte gráfica, dibujos y fotografías, resulta apropiada y la cartografía justa. En resumen, se trata de una excelente aproximación al estado de la investigación. Un libro que bien puede ser ejemplo por lo que se refiere a la deseable publicación de un estado de los conocimientos sobre otro territorio complejo, como sería el caso de nuestro Neolítico peninsular.

Bernat Martí Oliver. SIP-Museu de Prehistòria de València. La Corona, 36. 46003 Valencia.
Correo electrónico: bernat.marti@dival.es

Primitiva Bueno-Ramírez, Rosa Barroso-Bermejo y Rodrigo de Balbin-Behrmann (eds.). *Graphical Markers and Megalithic Builders in the International Tagus, Iberian Peninsula*. BAR International series 1765, Hadrian Books Ltd. Oxford, 2008, 186 pp., 180 figs., ISBN 978-1-4073-0254-6

Las manifestaciones artísticas de la prehistoria ibérica han sido uno de los elementos que más ha contribuido al desarrollo de la arqueología peninsular. En los dos últimos decenios del siglo pasado tiene lugar la incorporación de una generación de investigadores que ha supuesto un vuelco en el conocimiento de este fascinante aspecto de la arqueología prehistórica, descubriendo nuevos yacimientos, revisando otros ya conocidos pero insuficientemente estudiados e incorporando nuevas pautas de documentación y una preocupación no sólo por el hecho artístico en sí mismo sino por el contexto en que éste tiene lugar, que lo dotó de significado y ¿me atreveré a decirlo? de función social. En este sentido, el libro que ahora comentaré supone ya en su propio título una declaración de principios, ya que se habla de “marcadores gráficos” al tiempo que se establece un nexo copulativo entre éstos y la erección de megalitos.

Por otra parte, sin salirnos del propio título de la obra, el hecho de centrar su objeto de estudio en un área que se encuentra repartida entre Portugal y España constituye en sí (por desgracia) una notable excepción en una dinámica que, anclada en arcaicas rencillas históricas, ha convertido (para su mutua desgracia) a ambas naciones en vecinos muy unidos... por sus respectivas espaldas. Esta disposición se hace palpable sin ir más lejos en la cartografía 1:25.000, que todavía en la edición de 1987 marca con un monócromo *res nullius* las tierras lusas aledañas al sur de Galicia. Incluso en un territorio (pre) históricamente tan ligado al portugués como el gallego escasean los trabajos científicos que dirijan su atención a los fenómenos arqueológicos emplazados allende la frontera política actual.

Los editores del presente volumen acumulan ya un largo historial de trabajos dedicados al arte postpaleolítico peninsular y al megalitismo del interior, cuestionando (con éxito) la vieja noción de la pintura y el grabado como fenómenos separados en el tiempo y el espacio, así como la idea del escaso dinamismo del interior peninsular. Igualmente, haciéndose eco y profundizando en ideas que impregnan los modernos análisis del arte postpaleolítico, sostienen que estas manifestaciones jugaron un papel más allá del vagamente religioso que habitualmente se les asignaba. Plantean además la audaz hipótesis (p. 14) de la existencia de un *continuum* gráfico entre el Paleolítico Superior y la Prehistoria Reciente en ciertas áreas, implicando el concepto de “territorio tradicional”, espacios de uso

recurrente que formaban parte de la visión del mundo de los habitantes a lo largo de amplios espacios de tiempo, una formulación que ofrece grandes posibilidades en cuanto a superar la completa estanquidad entre los distintos grupos artísticos que se extienden a lo largo de varios milenios, pero que también implica un cierto riesgo interpretativo, toda vez que la relación humano-naturaleza o las características del propio paisaje han experimentado grandes cambios durante los milenios implicados. De esto último tenemos un ejemplo en el trabajo de Almeida *et al.* (p. 25), donde se revela que el Tajo seguía en el Pleistoceno un curso algo diferente del actual en el Noreste alentejano.

En uno de sus interesantes textos donde, por otra parte, hace una apasionada defensa de la “historicidad” y la contingencia en el desempeño de la ciencia paleontológica, arguye Gould (1989: 275) que uno de los argumentos más traicioneros que puede usar un científico es la falta de documentación (*negative evidence*). Este comentario es muy relevante para la arqueología de la zona del Tajo (*Tejo*) internacional y su *hinterland* que, durante la mayor parte del siglo XX, fue considerada en términos de vacío poblacional o, en el mejor de los casos, habitada por grupos pastoriles retardatarios y socialmente desorganizados, al margen de los desarrollos y fenómenos que tienen lugar en otras áreas peninsulares durante el III milenio. La investigación de los últimos años ha desvelado la inconsistencia de este lugar común y, ciertamente, las distintas aportaciones que configuran el presente texto nos muestran incontestables indicios de ocupación desde la Prehistoria más antigua (Almeida *et al.*) a la reciente (Bueno *et al.*, Vilaça) pasando por las sociedades cazadoras-recolectoras del primer Holoceno (Cerrillo), si bien para éstas y el Neolítico Antiguo la información es todavía demasiado parca, como señala Raquel Vilaça.

El megalitismo regional está, en cambio, bien representado tras los trabajos de los últimos años a un lado y otro de la frontera y sobre éste se aportan datos muy interesantes, referidos a la construcción o reutilización de sepulturas monumentales a lo largo del III milenio. Así en Lagunita III o Trincones I se detecta en la alfarería una pauta de divergencia morfológica interior/exterior del recinto ortostático, que los análisis de microrresiduos corroboran, apuntando la posibilidad de banquetes y ofrendas de alimentos efectuados en el perímetro de la sepultura (Bueno *et al.*, pp. 51-52). En la etapa campaniforme el oro tiene una conspicua presencia en los ajueres funerarios, hasta el punto de que Bueno *et al.* (p. 149) consideran la disponibilidad de placeres auríferos un factor fundamental en el auge demográfico del área y del megalitismo tardío, lo que tal vez suponga privilegiar en exceso el papel de la economía política entre esas poblaciones. En este libro podemos observar dos posiciones dispares ante una de esas cuestiones favoritas en los estudios megalíticos, la de su secuencia interna: J.L. Cardoso

(pp. 110-111) propone una ordenación que va de las pequeñas cámaras cerradas a los sepulcros de corredor y *tholoi*, hasta llegar a las cistas y túmulos de reducidas dimensiones del final del Calcolítico y Edad del Bronce, una serie evolutiva no muy disímil de la que se apunta –con matices– para el Noroeste peninsular (Fábregas y Vilaseco 2006). Bueno *et al.* por su parte (p. 43), enfatizan el polimorfismo arquitectónico y la variabilidad constructiva detectada a lo largo del fenómeno megalítico del Suroeste, rechazando explícitamente un modelo evolucionista unidireccional.

Toda obra colectiva está inevitablemente expuesta al desequilibrio entre sus partes y ésta no es una excepción a la norma, pues encontramos aportaciones básicamente descriptivas junto a otras más ambiciosas e interpretativas, particularmente las de responsabilidad de los propios editores del volumen. En este sentido es de lamentar la ausencia de los textos de L. Raposo y A.M. Baptista, el segundo de los cuales abordaba una revisión del Arte del Tajo tras más de tres décadas de su descubrimiento (y subsiguiente inmersión de la mayoría de los grabados bajo las aguas del pantano de Fratel). Ciertamente, el destino trágico de este monumental conjunto artístico, al que afortunadamente se hurtó el arte del Còa, ha contribuido a que su papel en las síntesis se haya visto capitidismuido, pero no es menos cierto que nuestro conocimiento es todavía muy limitado a pesar del gran esfuerzo de documentación realizado en su tiempo, que por desgracia no se ha visto coronado por la imprescindible publicación y sistematización de ese espléndido *corpus* rupestre.

Se trata, en suma, de un libro que aporta información muy significativa para un área peninsular no demasiado conocida arqueológicamente hasta hace pocos años y la lectura de algunas aportaciones nos hace desear fervientemente que los datos, todavía parciales o preliminares que en ellas aparecen se vayan completando con la continuación de esta importante investigación transfronteriza.

Fábregas Valcarce, R. y Vilaseco Vázquez, X.I. 2006: "En torno al megalitismo gallego". En F. Carrera y R. Fábregas (eds.). *Arte Parietal Megalítico en el Occidente Peninsular: conocimiento y conservación*. Tórculo Edicións. Santiago de Compostela: 11-36.

Gould, S.J. 1989: *Wonderful life. The Burgess Shale and the Nature of History*. W.W. Norton & Company. New York.

Ramón Fábregas Valcarce. Grupo de Estudios para a Prehistoria do Noroeste (Departamento de Historia I). Universidade de Santiago de Compostela. Praza da Universidade s/n. 15782 Santiago de Compostela. Correo electrónico: ramon.fabregas@usc.es

Katina T. Lillios. *Heraldry for the Dead. Memory, Identity and the Engraved Stone Plaques of Neolithic Iberia*. University of Texas Press. Austin, 2008, 258 pp., ISBN: 978-0-292-71822-7

Los que estamos interesados en el estudio del megalitismo y en todo lo que le concierne esperábamos con cierta expectación esta obra de K.T. Lillios sobre las "placas decoradas" del Suroeste a partir de los artículos que esta autora había iniciado a principios de esta década, en los cuales venía exponiendo una sugerente interpretación acerca del significado heráldico de estas piezas. Se esperaba que aquí pudiera explicitar extensamente todo el proceso investigativo que permitiría demostrar su tesis. El reto resultaba difícil puesto que a nadie se le escapan los problemas que esta investigación conlleva y, de entrada, es conveniente felicitar la llegada de esta publicación que por primera vez aborda el tema de las placas decoradas de una manera tan amplia y novedosa.

Llama la atención el hecho de que en los últimos años haya aumentado significativamente el número de publicaciones sobre las "placas" teniendo en cuenta que este tema había quedado "adormecido" durante bastante tiempo, a excepción de escasísimos ejemplos. Pero en realidad las publicaciones se deben mayoritariamente a sólo dos autores, Víctor dos Santos Gonçalves y Katina T. Lillios. El primero dirige desde Lisboa el proyecto "Placa Nostra" un ambicioso *Corpus* que pretende la completa recopilación de estas piezas (Gonçalves 2004: 67). La segunda, dirige el proyecto denominado ESPRIT, un catálogo en formato web (Lillios 2004), con la gran ventaja para los interesados de conseguir una libre, completa, rápida y actualizada información, que merece ser elogiado (ver recensión en Bueno 2006).

La interpretación que de las "placas" hacen V.S. Gonçalves y K.T. Lillios es, sin embargo, divergente y representa un compendio de las principales tendencias que han existido en el pasado siglo. La más extendida ha sido la de considerarlas como representaciones de una divinidad femenina, la Diosa Madre, que sigue manteniendo V.S. Gonçalves (1999: 114), por razones que le parecen indiscutibles. Por el contrario K.T. Lillios arguye que no existe ninguna evidencia para apoyar esta interpretación, especialmente cuando el número de representaciones consideradas antropomórficas es mínimo.

La base de la crítica a la interpretación anterior y del posicionamiento que va a seguir esta autora en el libro hay que buscarla en un artículo que Isabel Gomes Lisboa (1985) publica sobre las "placas" en 1985. Su punto de vista rompe completamente con las interpretaciones tradicionales hasta entonces conocidas. Siguiendo modelos cognitivos y estructuralistas, I.G. Lisboa considera que las "placas" son parte de una estructura simbólica que cumple una función he-

ráldica. A pesar de la originalidad de su tesis I.G. Lisboa no continuó desarrollando esta investigación, ni posteriormente se ha tenido nunca en cuenta, posiblemente por desconocimiento de su existencia. Ha sido precisamente la norteamericana K.T. Lillios (2002) quien ha recogido el testigo casi 20 años después, continuando con la idea heráldica de las placas y es por ello que este libro supone el primer trabajo que aborda este tema de la manera más amplia y con mayor profundidad hasta ahora.

Sorprende que al principio del libro K.T. Lillios manifieste una posición ecléctica y considere este estudio como *militant middles ground... in which structure and agency, materialism and idealism, and humanism and scientism occupy a shared intellectual space*. Sin embargo en el capítulo 4, *Agency and ambiguity*, recurre a las posibilidades que le proporciona la teoría de la agencia ya que *material culture itself has an agency, and the plaques are no exception*.

El libro se estructura en 6 capítulos. En el primero, *Themes*, además de hacer un recorrido por la historia de la investigación introduce al lector en el contexto cronocultural en el que se manifiestan las “placas”: Neolítico Final, con una cronología (corta) de 3500-2000 BC siguiendo a V.S. Gonçalves. Sobre la problemática cronológica y la división cultural entre Neolítico y Calcolítico procura no profundizar, en parte porque lo considera poco clarificador ya que existen pocas dataciones. Sin embargo para la tesis que pretende demostrar las dataciones de las placas resultan fundamentales.

En el capítulo 2, *Variations*, expone la gran variabilidad de las “placas”. Establece su clasificación tipológica en base al diseño formal y al estilo con 8 tipos a los que designa con nombres un tanto subjetivos según les sugiere su forma (azada, atirantada), composición (alfombra), tema (biomorfo) o frecuencia (clásico). Una de las principales aportaciones de este capítulo consiste en la distribución geográfica de los tipos y la cuantificación de ejemplares existentes en cada sitio, resultando un alto porcentaje del tipo clásico (70 %) sobre todos los demás, o un escaso número de ejemplares “biomórficos” (6 %). Esta baja frecuencia del tipo “biomorfo” es la que utiliza principalmente para desechar la interpretación de que las placas representen “Diosas Madres” como también observó I.G. Lisboa (1985).

Interesante es el esfuerzo que dedica en el capítulo 3, *Biographies*, a reconstruir experimentalmente la vida de las “placas”, un recorrido completo desde las fuentes de aprovisionamiento hasta su depósito final o reutilización. Ello le permite afirmar que las placas no requieren mucho tiempo para su fabricación, lo que podría indicar que se elaboraban en el momento que alguien moría, o que el número de registros y motivos en la composición responde a unas pautas de intencionalidad que son claves en su interpretación.

Es en el capítulo 4, *Agency and ambiguity*, donde recurre más a la teoría de la agencia y a la psicología

para apoyar sus glosas sobre las percepciones visuales que provocan las imágenes de las placas, algunas con mayor o menor fortuna. Entre otras retoma la vieja interpretación de M. Gimbutas de los ojos como evocación de la imagen de una lechuza, que K.T. Lillios cree identificar concretamente en la especie *Tyto alba*, frecuente en el Suroeste peninsular, aunque sus argumentos no resultan más convincentes que los propuestos anteriormente como ojos humanos. Más acertado es el planteamiento de que algunas podrían representar chamanes con máscaras. A este respecto hubiera sido interesante que la autora hubiera relacionado las “placas” con otras representaciones ideológicas tanto muebles como rupestres que podrían aportar otra información, como las pinturas rupestres del Abrigo de los Órganos en Jaén (González 1970) donde aparecen figuras femeninas con un motivo sorprendentemente idéntico a su tipo *Biomorph whiskered* en el lugar de la cabeza y que, en efecto, sí parecen máscaras, aunque no especialmente lechuzas. Otras variantes análogas son los “ídolos falanges” con motivos de ojos e incluso con brazos (¿o patas?), similares a los que aparecen en las “placas” y hallados en contexto campaniforme (Hurtao 1986), o los “ídolos oculados” de caliza presentes con diferencias estilísticas en el suroeste peninsular y ausentes del núcleo alentejano de las “placas” (Hurtao 2008).

El grueso de su tesis, la consideración de las “placas” como un sistema de escritura sin palabras, lo expone principalmente en el capítulo 5, *An Iberian writing system*. Partiendo de esta premisa se concentra sobre todo en los motivos que aparecen en ellas y concretamente en las denominadas clásicas (las más numerosas y de mayor distribución), para intentar esclarecer qué pretendían transmitir. La hipótesis de que las “placas” tienen una función heráldica la sustenta en el número de bandas o registros que se representan en la parte inferior, los cuales indicarían el número de generaciones que separa al difunto de su ancestro fundador; es decir que funcionarían como identificadores y marcadores genealógicos de diferentes linajes. Dedicó un considerable esfuerzo a analizar la distribución espacial de las “placas” y cree advertir una tendencia, especialmente en las clásicas, según la cual aquellas con un mayor número de registros se encontrarían alejadas del centro (la región de Évora). Sin embargo, aunque esta tendencia expansiva se puede vislumbrar *grosso modo* en el caso de los motivos de triángulos, no resulta tan evidente en la mayoría de las “placas”. Lo que sí es cierto es que, en el cómputo total, el porcentaje de “placas” clásicas disminuye a medida que aumenta el número de registros y esta observación podría ser significativa.

Es importante señalar que el estudio de K.T. Lillios trasciende la mera significación de las “placas” hacia aspectos sociales, económicos e ideológicos. En algunos casos observa en ellas representaciones de estatus

social, existencia de especialistas y élites, movimientos de población, mecanismos de producción y reproducción, o incluso diferencias sociales heredadas.

El libro cumple perfectamente las expectativas creadas en cuanto al modo de abordar la investigación; otra cuestión es si llega a demostrar su hipótesis, algo que por el momento resulta muy difícil con los datos disponibles. En definitiva se trata de un esfuerzo totalmente loable y de gran interés, con un enfoque novedoso que posiblemente marque pautas para continuar la línea de investigación y, a pesar de que la autora es consciente de que por ahora se ha tenido que mover en un nivel especulativo, mantiene la esperanza de que nuevos análisis y dataciones bien contextualizados puedan en un futuro cercano confirmar su tesis.

- Bueno Ramírez, P. 2006: "Katina Lillios, Esprit - the Engraved Stone Plaque Registry and Inquiry Tool". *Trabajos de Prehistoria* 63 (1): 191-195.
- Gonçalves, V. dos Santos 1999: *Reguengos de Monsaraz: territórios megalíticos*. Câmara Municipal de Reguengos de Monsaraz. Lisboa.
- Gonçalves, V. dos Santos 2004: "As deusas da noite: o projecto 'placa Nostra' e as placas de xisto gravadas da região de Évora". *Revista Portuguesa de Arqueologia* 7 (2): 49-72.
- Gonzalez Navarrete, J. 1970: "Nuevas pinturas rupestres en Jaén. El abrigo de Los Órganos de Despeñaperros". *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 48: 299-316.
- Hurtado, V. 1986: "El Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de la Pijotilla". *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo peninsular (Madrid 1984)*: 51-75. Madrid.
- Hurtado, V. 2008: "Ídolos, estilos y territorios de los primeros campesinos en el sur peninsular". En CD y en http://man.mcu.es/museo/JornadasSeminarios/acercandonos_al_pasado.html
- Lillios, K.T. 2004: *The Engraved Stone Plaque Registry and Inquiry Tool*. *ESPRIT* <http://research2.its.uiowa.edu/iberian/>
- Lisboa, I.M. Gomes 1985: "Meaning and messages: Mapping style in the Iberian Chalcolithic". *Archaeological Review from Cambridge* 4 (2): 181-196.

Víctor M. Hurtado Pérez. Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia. Doña María de Padilla s/n. 41004 Sevilla.
Correo electrónico: vhurtado@us.es

Dirk Brandherm. *Las Espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares*. Apéndice arqueometalúrgico por Salvador Rovira Llorens. *Prähistorische Bronzefunde*, Abt. IV, Bd. 16.

Franz Steiner. Stuttgart, 2007, XII, 212 pp. y 71 láms. ISBN 987-3-515-09166-4 (1).

Los lectores de *Trabajos de Prehistoria* conocerán la serie *Prähistorische Bronzefunde* (PBF), un hito en la Prehistoria tardía europea y paradigma del estilo alemán de publicar. Tiene como virtudes el suministro de catálogos fiables de la cultura material de la Edad del Bronce en Europa, con ilustraciones y descripciones que responden a un alto estándar uniforme. Con el tiempo, la regular salida a la luz de estos volúmenes permite calibrar, por ejemplo, la verdadera importancia de los centros de producción metalífera de Eslovaquia y los Cárpatos, la amplia distribución geográfica de muchos tipos de objetos y la variedad de utensilios, ornamentos y armas en los ámbitos mediterráneo y atlántico. Aunque la moda actual de la producción científica sobre la Prehistoria Europea concede más importancia al contexto que a la autenticidad de los objetos, no hay duda de que sigue habiendo necesidad de estudios de este tipo. Dada la inaccesibilidad de muchos objetos y colecciones, la serie PBF es esencial como instrumento de trabajo, y para los investigadores de la Península Ibérica tiene la ventaja adicional de que este volumen está escrito en español.

Dirk Brandherm culminó la redacción de este libro a pesar de los avatares que rodearon su gestación y retrasaron durante años su publicación. El estudio comprende en total 242 espadas del Bronce Final, incluidas dos del Norte de África y 11 desaparecidas, lo que, en consecuencia, no arroja un número muy abultado de piezas. El volumen –en el formato establecido de registro e ilustraciones– dedica 95 páginas al cuerpo principal del catálogo, más un resumen en alemán y seis apéndices, dos de los cuales son notables. El Apéndice D describe en 20 páginas las espadas representadas en las estelas del Bronce Final en el suroeste de la Península, 63 piezas, con lo que el total alcanza los 305 ejemplares. El Apéndice E de Salvador Rovira Llorens tiene la misma longitud, con un detallado tratamiento arqueometalúrgico de todos los análisis de espadas llevados a cabo hasta 2004.

Parte del valor de un volumen de PBF radica en su fiabilidad en los detalles, mayores o menores, que deben comprobar los evaluadores. He localizado tres entradas susceptibles de corrección. Así, los pies de las ilustraciones de las espadas norteafricanas de Orán y Larache están cambiados (Lám. 36; Figs. A1 y A2); la vaina del ejemplar de Alhama de Aragón debiera haberse incluido en la Lám. 6, n.º 33 y no separarse y situarse con la referencia B10 en la Lám. 37; y el dibujo de la estela de El Majar de los Puertos (Lám. 68, 2), también conocida como "Estela Torrejón El Rubio IV" contiene algunos detalles erróneos. De hecho, este

(1) Traducido del inglés al español por Francisco Marco Simón, Catedrático de Historia Antigua. Universidad de Zaragoza.

ejemplar muestra dos diseños sucesivos con espadas de diferentes tipos, uno grabado sobre el otro, y Brandherm discute este particular en el texto; pero su dibujo es ininteligible. La representación más antigua tiene una espada relacionada con el tipo Rosnoën, con una lanza y un escudo con escotadura en “V” del siglo XIII a.C.; mientras que la representación más reciente muestra un guerrero que sostiene un espejo y blande una espada que se aproxima a la familia de la “lengua de carpa”; este último motivo, que puede datarse en los siglos XI-X a.C. incide toscamente sobre los trazos de la primera composición y en el interior de la misma. El resultado final es una imagen confusa difícil de descifrar. Con todo, merece publicarse plenamente aquí, con su cronología relativa de los diversos tipos de espadas y de agrupaciones temáticas (véase Harrison 2004; 134-138 y 199-201 para las figuras). Lo mismo puede decirse de otras 36 estelas, cuyas espadas aparecen representadas como objetos separados y asociados a otros grabados. Se ha perdido la oportunidad de incorporar al catálogo un cuerpo de evidencia sustancial, que en el Apéndice D es una mera descripción escrita. Al parecer una decisión editorial intervino en este punto.

No es fácil analizar un conjunto de materiales como las espadas, coleccionado al azar durante casi 140 años, con el “depósito” de Huelva como referente. Brandherm organiza el material con una cronología relativa para el Bronce Final de tradición atlántica, sobre la base de unos datos de C14 (pp. 12-15) que se relaciona con fases similares en Francia o las Islas Británicas. Las fases se denominan a partir de los depósitos epónimos: la Isla de Cheta, Huerta de Arriba, San Andrés de Hío, Ría de Huelva y, finalmente, Monte Sa Idda en Cerdeña. Esta secuencia quintuple reemplaza al más viejo sistema de Bronce Final I, II y III, insatisfactorio y lleno de inconsistencias en su aplicación a la Península Ibérica. Puede ahora establecerse una cronología absoluta para las dos últimas fases, con el material onubense datado en 1050-930 y la posterior fase Monte Sa Idda entre 930 y 750 (pp. 16-17). En discusión reciente, Alfredo Mederos (2008a) data los depósitos de Hío y Baiões en el período 1150-1050 y amplía el material y los contextos estudiados por Brandherm. Permanece la incertidumbre sobre la fecha de las dos primeras fases, así como sobre el final de la fase Monte Sa Idda, que se superpone durante un período indeterminable sobre los primeros asentamientos fenicios en el extremo occidental.

El núcleo del catálogo de las espadas es el “depósito” de Huelva, que tiene una historia de una confusa recuperación e incompleta publicación. Brandherm sugiere que el principal depósito comprendería sólo los objetos hallados durante las operaciones de drenaje en marzo y abril de 1923, y explica asimismo por qué es normal que tipos más viejos de espadas circulen junto a otros modelos más recientes (p. 76). Sostiene que el

depósito no está compuesto de objetos de chatarra, sino que por el contrario constituye una colección con objetos usados a un tiempo, entre los que todavía se valoraba las viejas armas. Desecha también la acumulación lenta de ofrendas en un punto determinado, lo que implica que se adhiere a la idea original de que dicho depósito onubense probablemente fuera la carga de un barco hundido antes que un depósito “ritual”.

Las páginas siguientes deparan una sorpresa al lector. Brandherm identifica unas características tipológicas únicas para las espadas onubenses de la familia de “lengua de carpa” y las separa de las espadas más comunes de Francia y el sureste de Inglaterra (pp. 18-20; 74-80). En su último tratamiento de la cuestión Brandherm indica que hay pocos depósitos del período inicial de la “lengua de carpa” temprana (950-875), y que sólo el material de 875-800 suministra cantidades suficientes para ser incorporado en el horizonte de los depósitos que lo culminan en Francia y Gran Bretaña (Brandherm y Burgess 2008: 151-153). Esto significa que las espadas de Huelva serían los antecedentes directos de las clásicas espadas de “lengua de carpa” del tipo Nantes y que su origen debe buscarse en la Península Ibérica. Es más, las espadas de tipo Huelva no aparecen en ninguno de los depósitos del complejo de “lengua de carpa”. Puesto que existen importantes vacíos en los depósitos de espadas en la Península antes de la fase de Huelva, el desarrollo de los tipos tiene que seguirse a través de hallazgos aislados y algo de hipótesis. Ese es un trabajo a desarrollar en el futuro. Pero la conclusión importante del análisis de Brandherm y Burgess (2008: 153) es que “La participación de la Península en la Edad de Bronce atlántica terminó de manera efectiva con las espadas de la fase de Huelva y de Huelva/Saint-Philbert como consecuencia de la integración de la mayor parte de la Península en los intercambios comerciales entre el este y el oeste del Mediterráneo. Ello tuvo lugar en el siglo previo al florecimiento del complejo de ‘lengua de carpa’, lo que explica por qué la ‘lengua de carpa’ tiene una presencia mínima en la Península y por qué no se han hallado espadas Monte Sa Idda en los depósitos de ‘lengua de carpa’”. Mederos Martín (2008 b) asume también esta interpretación.

Brandherm ha hecho de su volumen en PBF mucho más que un catálogo, puesto que lleva sus análisis bastante más allá de las descripciones tipológicas y los mapas de distribución, y muestra a sus lectores cómo una lectura de las evidencias sutil, insistente y rigurosa requiere un libro de este tamaño y complejidad. Debemos estudiar nuestras fuentes minuciosamente, y no hay sustituto para la escritura de una Prehistoria precisa. El autor merece felicitación por un libro excelente que debe estar en toda biblioteca arqueológica.

Brandherm, D. y Burgess, C. 2008: “Carp’s Tongue Problems”. En F. Verse, B. Knoche, J. Graefe,

- M. Hohlbein, K. Schierhold, S. Siemann, M. Uckelmann y G. Woltermann (eds.). *Durch die Zeiten... Festschrift für Albrecht Jockenhövel zum 65. Geburtstag*. Internationale Archäologie, Studia honoraria 28, Marie Leidorf. Rahden/Westf.: 133-168.
- Harrison, R.J. 2004: *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*. Western Academic and Specialist Press Ltd. Bristol.
- Mederos Martín, A. 2008a: "Metal para los dioses. La secuencia del grupo Baiões durante el Bronce Final II y el comercio chipriota de hierro hacia Portugal (1200-1050 ac)". En R. Cruz-Auñón y E. Ferrer (eds.). *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 279-304.
- Mederos Martín, A. 2008b: "Capítulo 1. El Bronce Final". En F. García Alonso (coord.). *De Iberia a Hispania*. Editorial Ariel, Prehistoria. Madrid, Barcelona: 19-91.

Richard J. Harrison. Dept. of Archaeology and Anthropology, University of Bristol. 43 Woodland Rd. Bristol. BS8 1UU. England.
Correo electrónico: R.J.Harrison@bristol.ac.uk

Alberto J. Lorrio: *Qurénima. El Bronce final del sureste de la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 27. Anejo a la revista *Luxcentum* 17. Real Academia de la Historia y Universidad de Alicante, Madrid, 2008. 598 pp., 236 figs., 53 tablas y 5 apéndices. ISBN 978-84-96849-41-9

Para muchos de los que habíamos leído sobre Qurénima, el Caldero de Mojácar o Parazuelos, casi siempre a partir de fuentes indirectas y más o menos parciales, la presente obra es una muy valiosa síntesis sobre los patrones funerarios del sureste peninsular durante el Bronce Final. Sin duda, se trata de un avance muy significativo en la interpretación y contextualización del objeto de estudio, así como de un trabajo definitivo en cuanto a la recopilación de la totalidad de los datos generados a lo largo de más de un siglo de investigaciones.

La monografía está estructurada en una introducción, ocho capítulos, unas conclusiones y cinco apéndices. El primero de los capítulos se centra en la historia de las investigaciones desde los hermanos Siret hasta nuestros días, incidiendo en el problema del origen de la incineración con la evolución y giros que ha sufrido su investigación desde las explicaciones centradas en el Mediterráneo, hasta la irrupción de los Campos de Urnas y los intentos de explicación autoctonistas.

El cuerpo central de la monografía lo forma la minuciosa documentación que se recoge en el "Catálogo

de las Sepulturas". Son un total de 60 yacimientos, en su mayoría tumbas aisladas, en muchos casos colectivas, también necrópolis de incineración y sepulcros reutilizados. En este capítulo se procede a la revisión de los ajuares funerarios a partir de las publicaciones de los hermanos Siret, de la documentación inédita de Luis Siret, de los diarios inéditos de Pedro Flores, de la Colección Siret depositada en el Museo Arqueológico Nacional (MAN) y de otros hallazgos posteriores y colecciones. El resultado es un exhaustivo catálogo de yacimientos, tumbas y ajuares, ordenado geográficamente desde el sur de Murcia hasta el occidente de Granada, así como la caracterización de las estructuras funerarias y su ritual.

Los capítulos 3 y 4 están dedicados al análisis de los ajuares desde los vasos cerámicos y sus motivos decorativos, hasta los adornos, objetos relacionados con la vestimenta, útiles y armas realizados en materiales diversos. El quinto se centra en el problema de la cronología con un encomiable esfuerzo por correlacionar la información procedente de los asentamientos y de otras necrópolis del entorno con la documentación funeraria antes presentada. De esta forma, se fundamenta una secuencia de tres fases (la última con dos subfases) que se desarrollarán, aproximadamente, entre el 1100 y el siglo VII a.C., todo ello ilustrado con abundantes tablas y dibujos que resumen el esfuerzo del autor y que resultan de lo más ilustrativo para el lector.

El capítulo 6 se dedica al análisis de la arquitectura funeraria y del ritual con especial acento en la importante diversidad observada. A continuación, los enterramientos del sureste se enmarcan en su contexto geográfico, se relacionan con sus posibles hábitats, se discute acerca de las inhumaciones, las cremaciones parciales y la incineración o del significado de las reutilizaciones de los sepulcros de corredor. Igualmente, se caracteriza la sociedad a través de los ajuares y se analizan las distintas influencias (continental, atlántica, mediterránea y tartésica) que confluyen en la zona durante el Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro.

En el capítulo 8 se comparan las prácticas funerarias del sureste con los territorios periféricos, con especial atención al problema de la incineración y de la reutilización de los sepulcros megalíticos. Por último, unas conclusiones en castellano e inglés recogen los puntos clave del estudio aquí tratado.

Destaca un importante conjunto de cinco apéndices que aportan más detalles sobre el conjunto arqueológico analizado: el primero dedicado a los ajuares metálicos y a sus aspectos tecnológicos (firmado por Ignacio Montero), otro a las sepulturas reutilizadas de la colección Siret (Alberto J. Lorrio y M.^a D. Sánchez), otros dos sobre las dataciones C14 obtenidas sobre sepulturas de la colección Siret (Alberto J. Lorrio y Ignacio Montero) y su contextualización en el Bronce Final del sureste (Mariano Torres) y el último dedicado al estudio antro-

pológico y paleopatológico de los restos humanos conservados en el MAN (M.^a Paz de Miguel).

Desentramada la estructura de la monografía, no podemos concluir sin antes comentar algunos aspectos que nos sugieren un importante debate de cara al futuro. Así, nos llama la atención el uso reiterado del concepto de “Campos de Urnas” (CC.UU.) como referente cultural del noreste peninsular, situación que contrasta con las propuestas que se vienen formulando desde hace más de una década por parte de algunos autores (Castro 1994; Junyent 2002; López Cachero 2007). Estas posturas no niegan la existencia de movimientos poblacionales, pero sí rechazan que estas pequeñas migraciones puedan ser las responsables absolutas de la mayoría de los cambios sucedidos durante el Bronce Final, especialmente en lo que respecta a la generalización de las cerámicas acanaladas, del ritual de la incineración y del concepto de necrópolis. Creemos que cada una de estas novedades responde a problemáticas en origen diferentes aunque en su conjunto acaben coincidiendo en el tiempo y en un mismo espacio geográfico, situación que también parece intuirse en el sureste, si consideramos la temprana presencia de materiales acanalados en contextos del Bronce Final (Gatas VI, Cerro del Real o Cerro de los Infantes) y la tardía aparición de las incineraciones y de las primeras necrópolis de una cierta entidad. Todo esto con el trasfondo de una enorme diversidad en lo referente a las formas de ocupación del territorio, los tipos de asentamientos, las prácticas económicas o, incluso, la arquitectura y el ritual funerario, lo que nos obliga a plantearnos la idoneidad del concepto cultural de los CC.UU. como algo unitario, dada su evidente falta de homogeneidad interna y, sobre todo, por simplificar la complejidad de los procesos que durante el Bronce Final se produjeron.

Esta actitud crítica contrasta con la buena salud de la que goza este concepto en otros territorios peninsulares como el área del medio y alto Ebro (Castiella y Tajadura 2001), la Meseta (Cerdeño *et al.* 2002), el suroeste (Torres 2002: 358 ss.) y también en el sureste. Como se hace patente en este último territorio, generalmente se recurre a un modelo basado en la penetración de pequeños grupos de Campos de Urnas del noreste (p. 414), en este caso matizados a través de las tierras del Levante (pp. 445-447 y 465), que serían los responsables de la introducción de la incineración (p. 426), probablemente desde Alicante (p. 432), y que se mezclarían con los grupos indígenas provocando un proceso de aculturación (p. 17) o un mestizaje cultural y étnico (pp. 414-415) en el seno de unos grupos definidos como pastores y metalúrgicos (pp. 430-432). De esta forma, intuimos que los Campos de Urnas se conciben como una entidad de fuerte contenido cultural y étnico.

En nuestra opinión, el problema radica en la aceptación, sin crítica alguna, del concepto de Campos de

Urnas y en sobredimensionar el radio de acción de los grupos incineradores del noreste, a veces estableciendo relaciones tan alejadas como por ejemplo, con la necrópolis de Agullana, que no alcanzamos a ver (p. 216), y en presuponer a veces, en su expansión hacia el interior y el levante peninsular, un componente ganadero que contradice la base económica cerealista aceptada para el territorio del Segre-Cinca y el litoral central catalán (Alonso 1999; Buxó 2007).

Por tanto, la diversidad que se observa en los territorios que albergarán necrópolis de incineración (desde el noreste hasta Portugal) nos obliga a preguntarnos qué otras cosas, aparte de la incineración, comparten entre sí estos grupos. Y la sensación es que en muchos casos la respuesta no parece ir más allá de unos cuantos materiales cerámicos o metálicos susceptibles de haberse difundido mediante procesos muy diversos. En este contexto, y sin descartar puntuales contactos culturales por distintas vías, creemos que la importancia y el peso de las denominadas “influencias continentales” (pp. 425-427) que se perciben en el sureste reflejan, exactamente igual que las mediterráneas, las atlánticas o las tartésicas, el alcance de unos intercambios que aumentan considerablemente y de forma general durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro.

No queremos concluir sin volver a alabar la obra aquí tratada que consideramos un magnífico punto y aparte en el desarrollo de las investigaciones del sureste y en la cronología que nos ocupa. Su lectura no ha hecho más que reafirmarnos en la impresión inicial de que nos encontramos ante un indudable trabajo de referencia que tiene el mérito añadido de recopilar y poner al día toda una información dispersa que, como se ve en el texto, ha resultado ser de un enorme valor para el establecimiento de un marco interpretativo sobre el que habrá que fundamentar, mediante la crítica, la matización parcial de sus conclusiones o su validación, la investigación que se realice en el sureste de ahora en adelante.

Alonso, N. 1999: *De la llavor a la farina. Els processos agrícoles protohistòrics a la Catalunya occidental*. Monographies d'Archéologie Méditerranéenne 4. CNRS. París.

Buxó, R. 2007: “L'agricultura. Aproximació a l'explotació dels recursos vegetals”. En X. Carlús, F.J. López Cachero, M. Oliva, A. Palomo, A. Rodríguez, N. Terrats, C. Lara y N. Villena (coord.): *Cabanes, sitges i tombes. El paratge de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental) del 1300 al 500 ANE*. Quadern d'Arqueologia 4, Museu d'Història de Sabadell: 75-77.

Castiella, A. y Tajadura, J. 2001: “Campos de Urnas en Navarra”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 9: 197-222.

Castro Martínez, P.V. 1994: *La sociedad de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península Ibérica*

ca. *La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*. British Archaeological Reports, International Series 592. Oxford.

Cerdeño, M.C.; Marcos, F. y Sagardoy, T. 2002: "Campos de urnas en la Meseta oriental: nuevos datos sobre un viejo tema". *Trabajos de Prehistoria* 59 (2): 135-147.

Junyent, E. 2002: "Els segles de formació: el bronze final i la primera edat del ferro a la depressió de l'Ebre". En *I Jornades d'Arqueologia. Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació (Tivissa 2001)*. *Ilercavònia* 3: 17-35.

López Cachero, F.J. 2007: "Sociedad y economía durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas". *Trabajos de Prehistoria* 64 (1): 99-120.

Torres Ortiz, M. 2002: *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 14. Studia Hispano-Phoenicia 1, Real Academia de la Historia. Madrid.

F. Javier López Cachero. Dpt. Prehistòria, Història antiga i Arqueologia. Facultat de Geografia i Història. Universitat de Barcelona. Montalegre 6-8. 08001 Barcelona.

Correo electrónico: xavierlopez@ub.edu

Sebastian Celestino Pérez, Nuria Rafel i Fontanals y Xosé-Lois Armada Pita (eds.). *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e)*. *La precolonización a debate*. Serie Arqueología 11, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Madrid, 2008, 626 pp. ISBN 978- 84-00-08689-3

Esta obra es fruto de un proyecto iniciado en 2002 en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. En esa fecha el Dr. Xavier Duprè, vicedirector entonces de dicha institución, propuso a uno de los editores la preparación de un encuentro hispano-italiano que se centrara en un tema polémico y que se situara en el marco mediterráneo y europeo de la Protohistoria. El tema elegido fue el que da título a esta monografía, los contactos culturales en el período que va de los siglos XII al VIII a.C. entre el Mediterráneo y el Atlántico, lo que se ha venido denominando de forma bastante inadecuada como "precolonización". El volumen ha sido dedicado al impulsor de este proyecto, Xavier Duprè, desaparecido en 2006, y las primeras páginas se dedican a reseñar su figura y su importante obra.

Aunque la reunión científica no se celebró, los editores no quisieron dejar pasar la oportunidad de invitar a un nutrido grupo de conspicuos especialistas a reflexionar sobre un asunto que sigue siendo controvertido y sobre el que se están produciendo en los últimos años hallazgos relevantes, lo que convierte a esta obra en referente de la revisión del tema y en el germen de un profundo debate que ha sido diferido a un momento posterior a su publicación. Esta extensa monografía ofrece relevantes aportaciones sobre el denominado "período precolonial" que podrán asumirse sin mayores problemas, a la vez que se reúne un cúmulo de información nada desdeñable, antes disperso en un sinfín de publicaciones. También encontramos la consabida discusión terminológica, sobre la cual casi todos los participantes hacen su particular contribución, se reafirman modelos y se apuntan otros nuevos, se proponen cronologías y fases, también rutas y circuitos de distribución de objetos y se reflexiona sobre la cultura material. Las distintas perspectivas, a veces muy contrapuestas, y las cronologías todavía muy fluctuantes ofrecen la apariencia de un edificio al comienzo de su construcción, aunque algunos autores nos ofrecen ya un bosquejo bastante coherente del mismo que necesitará aún del aporte de nuevos materiales.

Si para el período al que se ciñe la monografía —en realidad del siglo XIV al VIII a.C.— contábamos para el ámbito más occidental con indicios muy puntuales relativos a sus contactos mediterráneos y al impacto que los mismos tuvieron en las sociedades indígenas, hallazgos como el de una colonia de tirios en el asentamiento de Huelva, de cuyos vestigios se hacen eco un buen número de las contribuciones de esta monografía, empiezan a llenar de contenidos el siglo que precede a la fundación de las colonias fenicias hasta ahora documentadas arqueológicamente y a explicar en buena medida la dispersión de objetos mediterráneos de esa época en el cuadrante suratlántico peninsular. Un descubrimiento que no será el último y que quizás se verá matizado por otros como el reciente de la Loma del Aeropuerto, cerca de la desembocadura del Guadalhorce en Málaga del que se ha presentado un primer avance en el VII^{ème} *Congrès international des études phéniciennes et puniques* celebrado en Túnez en el mes de noviembre de 2009.

Es imposible por razones de espacio hacer aquí un bosquejo aunque sea somero de las distintas contribuciones, pero el lector que se acerque a esta obra, además de disfrutar con la lectura de los distintos capítulos, podrá encontrar al final del volumen un resumen transversal de las propuestas de los autores, enormemente clarificador. Tres bloques han sido articulados por los editores. Uno se refiere a "Cuestiones generales, modelos y cronologías". Respecto a estas últimas, se hacen nuevas aportaciones y se discuten en muchos otros artículos del libro. El segundo y más nutrido recoge los enfoques regionales, con trabajos centrados

en la Italia peninsular, Sicilia, Cerdeña, las Baleares, la Galia, la costa mediterránea española, la Alta Andalucía, el Guadalquivir, el territorio portugués. Cerrándose el volumen con cinco contribuciones en las que se analizan algunos aspectos de la cultura material.

En las más de 600 páginas de que consta, difícilmente el lector no encontrará lo que busca sobre la cuestión de los contactos en este período, al menos en lo que a materia arqueológica y a su análisis se refiere. No así en lo que atañe a las fuentes literarias, pues apenas encontramos una recopilación sobre los inicios de la colonización fenicia en las fuentes clásicas (Torres) y un análisis de los contactos “precoloniales” de griegos y fenicios en Sicilia que tiene muy en cuenta la información textual (Domínguez) y que resulta especialmente clarificador sobre la controversia terminológica que se pretende aclarar en esta obra. Este autor (Domínguez, p. 155) alude a “lo impreciso de nuestra terminología y, sobre todo, la trampa que representa el término ‘precolonización’ que implica un proceso en dos fases que no siempre se produce” y al hecho de darse al tiempo fenómenos “precoloniales” mientras en zonas próximas ya hay colonias. También, como señala Ricardo Olmos en el prólogo, se echan en falta las menciones a la Odisea, y aunque el análisis de las fuentes bíblicas pueda parecer a algunos ya agotado todavía puede arrojar cierta luz sobre la cuestión de los tipos de empresa que a partir del siglo X a.C. hacen llegar productos orientales al Mediterráneo occidental.

Varios autores, como Albanese, Ruiz-Gálvez, Guerrero o Torres, se refieren a la variedad étnica en el sistema de comercio llamado “precolonial”, en el que participaron marineros y comerciantes de la mayor parte del Mediterráneo hasta el siglo X a.C., unos haciendo especial énfasis en los sardos, otros en los sículos y en los chipriotas. Sin embargo, Torres establece tres fases bien diferenciadas, una de tradición micénica, una segunda chipriota y una tercera de carácter fenicio, definidas por el autor como vectores comerciales. López Castro, a partir de su estudio de las importaciones en la Alta Andalucía y el Levante, considera que hubo contactos regulares aunque de poca intensidad, lo que se aparta de la propuesta reciente de una suma de contactos esporádicos. Dichas importaciones llegaron a reproducirse localmente según la tecnología disponible, lo que no implica la incorporación de avances tecnológicos. Tiene la impresión de que a comienzos del primer milenio a.C. se habría producido un desplazamiento del interés de los navegantes mediterráneos hacia el Suroeste peninsular, probablemente para acercarse al aprovisionamiento del estaño atlántico, lo que a nosotros nos parece registrado en la secuencia de epónimos del Estrecho de Gibraltar previa a Heracles. Ruiz Mata y Gómez Toscano aúnan sus esfuerzos para realizar una documentada síntesis del registro onubense y un análisis de la problemática del Bronce Final en el suroeste ibérico antes de la coloni-

zación y en sus comienzos. También de interés por su enfoque rupturista es el trabajo de Escacena, que transforma en coloniales numerosos elementos que antes se habían tipificado como “precoloniales”, convirtiendo la barrera entre una fase y otra en algo muy quebradizo. Novedosas respecto a las rutas y circuitos son las propuestas de Lo Schiavo, Albanese y Celestino. Ellos sugieren que a partir del siglo XI a.C. Cerdeña sería intermediaria de productos chipriotas y propios que harían llegar a la costa atlántica de la Península Ibérica a través de la zona meridional francesa y atravesando los Pirineos. Arruda también se lo plantea, dada la ausencia de materiales mediterráneos en el sur de Portugal. Esta propuesta no es ni mucho menos descartable, si tenemos en cuenta las enormes dificultades para la navegación con vela cuadra a partir del cabo de San Vicente.

Las Baleares del Bronce Final, estudiadas por V. Guerrero, constituyen un “laboratorio” para analizar el papel de las marinas indígenas en los tráficos de este período, dado que todo el metal y materiales suntuarios como el marfil son de procedencia foránea, cuya arribada a las islas se produjo unas veces ya manufacturados, aunque la mayoría fueron transformados *in situ*. Quizás una aportación especialmente novedosa, fruto de un largo trabajo de prospección y excavaciones, sea el reconocimiento de un importante grupo de asentamientos en promontorios o morros costeros y en islotes, necesarios para la navegación de cabotaje entre las islas y alrededor de ellas, que nos informan indirectamente de la marina balear.

En cuanto a las reflexiones puntuales sobre la cultura material, contamos con trabajos como el de Mederos, quien cree que carros y cerámica micénica llegaron a la Península de mano de los micénicos entre el 1300 y el 1150 a.C. gracias al análisis minucioso de las representaciones de los primeros en las estelas. Por su parte, Celestino relaciona el cambio suscitado en las representaciones de las estelas con la inclusión de algunos elementos que estarían relacionados con la presencia fenicia, como son los antropomorfos, los cascos de cuernos y las series de pequeños hoyos que representarían sistemas de pesos. La siempre sorprendente metalurgia sarda es objeto de análisis por Lo Schiavo y la orfebrería atlántica por Perea y Armbruster, que definen dos ámbitos tecnológicos bien diferenciados, uno de los cuales, el ámbito Villena-Estremoz, llega a entrar en contacto con la tecnología que traen los primeros “frecuentadores” fenicios.

En suma, nos encontramos con una obra de un alto valor no sólo en cuanto a su contenido sino también por su capacidad para suscitar un fructífero debate, ahora sí muy bien encauzado.

Fernando López Pardo. Dpto. de Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

Correo electrónico: lopardo@ghis.ucm.es